



Madrid de 30 Junio de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Cendrillon [continuacion], por J. G.—Adulacion y sinceridad, por X.—Los Niños viajeros, por don José M. de Larrea.—La Niña y la Espiga [poesia], por doña María Mendoza de Vives.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Memorias de una Niña, por J. G.—Modas de Niñas.—Los Hotentotes, por don J. S. Biedma.

GRABADOS. El salon de baile.—Modelo de crochet.—Modas de niñas.

LECCIONES DE MORAL.

I.

VENID mis dulces, mis amadas niñas. Las lágrimas surcan mis mejillas, los suspiros levantan mi pecho, pero son lágrimas de orgullo las que vierto, son suspiros de júbilo los que exhala el corazon, estrecho para contener su inmensa dicha.

Ha llegado por fin el dia, el dia feliz, ambicionado desde mi mas tierna infancia, en que pudiese decir con Jesucristo: Vengan, vengan á mi los pequeñuelos!

Tomo II.

Es que hoy se me ha confiado la vida moral de vuestras almas, y acepto llena de esperanza esta mision sublime, porque siento abrazada hácia vosotras de santo amor el alma!

Ha llegado por fin el dia en que pueda transmitir el germen de virtud que otra mujer depositó en mi pecho, y que vosotras depositareis con el tiempo en el corazon de vuestras hijas!

Sí: os enseñaré, como ella me ha enseñado, por medio del amor que todo lo aclara, que todo lo dulcifica, que todo lo ennoblece!

Os enseñaré á amar á Dios, á vuestros padres y á todos los seres de la creacion, como yo los amo, como yo los bendigo en mi entusiasmo.

Núm. 25.

El amor, niñas mías, es la primera, es la mas hermosa de las ciencias: amad y la vida es bella, fácil el deber, llena de santos consuelos la desdicha!

Por esto he querido daros mi primera lección en este sitio, por esto os he traído aquí: aquí, en medio de esta naturaleza magnífica, iluminada por los postreros rayos de ese sol, símbolo de un Dios benéfico, que derrama por todas partes luz, placer y vida!

Venid: sentaos en derredor de mí: la tarde está deliciosa; las aguas murmuran fertilizando las flores, las flores entregan á la brisa sus perfumes, la brisa lleva en sus alas las semillas para depositarlas en el seno de la tierra, y condensa ó disipa las nubes para que derramen aquí ó allá su bienhechor rocío! Todo ese milagro de la creación, es un milagro de amor, niñas queridas!

¿Y sereis vosotras menos, vosotras, dotadas de un alma espiritual, semejante á la de los serafines, que el agua, las flores y la brisa?

¿Reconcentrareis dentro de vosotras mismas, con indiferente egoismo, esa centella divina que Dios os ha confiado para que dejéis un rastro de luz en vuestra senda, para que se reconozca por los beneficios la huella de vuestro paso?

¡Oh, no, no: destruyendo las leyes de la creación, consumaríais vuestra propia desventura!

Y si quereis un ejemplo, contemplad este inmóvil charco, y aquella fuente que atraviesa la pradera.

Qué alegre corre hácia abajo, arrojando una franja de espuma al musgo de sus orillas! Qué alegre va, reflejando en sus movibles ondas los árboles y el cielo!

¿Pero porqué se detiene, porqué se queja y llora? Es que ha encontrado un montón de piedras, y es muy escaso su raudal para poder salvarlo.

¿Qué hará la pobre fuente? Retrocederá hácia su cáuce, contraviñiendo á las leyes de la naturaleza? Permanecerá inmóvil en ese sitio? No: porque allá abajo hay místicas florecillas que esperan con afán su riego, hay pájaros

sedientos que la están llamando. Y el triste manantial lucha y relucha contra la dura piedra, retrocede mil veces y vuelve mis veces al asalto, se arremolina, cede. ¿Cede? ¡Oh, no! Ved cual se desata en mil hebras imperceptibles, que se van filtrando gota á gota aquí y allá, hasta que por fin salen triunfantes por el lado opuesto, se reúnen de nuevo y siguen su camino murmurando de alegría.

Examinad ahora el charco: ¿qué es lo que veis al través de sus aguas verdosas y corrompidas?

Inmundos reptiles, que surcan el limo de su fondo, del cual se exhala un olor fétido y nauseabundo.

El amor que se transmite, á pesar de los obstáculos, á pesar de los desengaños, es la clara fuente que todo lo alegra, que todo lo fertiliza.

El charco es el amor egoista, que reconcentramos dentro de nosotros mismos, y estancado allí, produce las serpientes de las pasiones, el fango de los vicios.

Cuando la sangre deja de circular por nuestras venas, la fuerza física se extingue; cuando el amor deja de comunicar á otros seres sus efluvios, el alma languidece y muere.

Pero si es el amor el primer deber, la primera necesidad de nuestra vida, á quien rendiremos sus primicias, sino á ese Dios, toda bondad, todo amor, todo dulzura, Padre universal de cuantos seres ha creado, Autor de tantas y tantas maravillas! Mirad á derecha é izquierda, aquí y allá, por todas partes: no hay una piedrecilla, no hay un pequeño insecto, que no revele su mano bienhechora! Es su imagen la que flota en esas nubes de oro, es su imagen la que se refleja en esas aguas, es su imagen divina la que llena el Universo!

¡Oh cuán bien se siente su presencia en esta soledad, adonde no llega el torbellino del mundo! ¡Oh cuán bien se concibe en este sitio al Dios de perdón y olvido, al que vertió su sangre en el Calvario, al Padre de los huérfanos, al consuelo de los míseros que lloran!

Recojéos dentro de vosotras mismas, escuchad: ¿Qué es lo que os dicen esas mil voces

que suben de la tierra al cielo? ¿Qué es lo que os dicen esos mil murmullos, que se apagan á lo lejos y acaban en un suspiro? Es la oracion de la tarde, que exhala el alma de la naturaleza, y eleva á su Creador antes de entregarse al sueño!

Dios, murmuran los árboles balanceando sus ramas cargadas de frutos; Dios, el rubio trigo inclinando su dorada espiga; Dios, la vid cimbreado sus pámpanos frondosos; Dios, insectos, pájaros y flores; Dios, Dios, Dios, todos los ecos de la tierra, todas las armonías de los cielos!

¡Dios! repitan nuestros lábios, niñas mías.

¡Oh mártir del amor, inflama de santo amor sus almas, eleva hácia tí su espíritu inocente, haz que te adoren como yo te adoro!

Toma mi parte de terrestres alegrías, pero haz que este tierno plantel confiado á mi cultivo, germine y produzca los frutos de tus virtudes: haz que sigan las huellas de tu cruz, sublimes huellas que conducen á su patria el errante peregrino!

Sin tí, el hombre es un náufrago perdido entre los mares, es una débil caña azotada por los vientos. ¡Oh Dios de los Apóstoles! ¡Oh Dios de los misioneros, desata mi lengua para que describa con santo fuego tus divinos atributos, mándame un rayo de tu luz para que pueda esclarecer su entendimiento! . . .

Pero ¿qué es esto? El sol se ha hundido en el ocaso, las rojas nubecillas se han trocado en negros nubarrones, la brisa en vendabal....

Brillan cárdenos relámpagos en el confin del horizonte... ¿no es el trueno el que murmura sordamente allá á lo lejos?

Sí; sí: la tempestad va á estallar con imponente estruendo...

Los pajarillos huyen aquí y allí despavoridos; el apacible cuadro se ha descompuesto, convirtiéndose en un cuadro de luto, desolacion y espanto...

El cielo se oscurece... la naturaleza gime...

Venid, refugiémonos debajo de esta encina..... ¡Oh, como chocan las nubes entre sí, como estallan los desencadenados elementos... como parecen crugir los ejes de la tierra!...

¡El rayo... el rayo... pasó á la majestad de Dios, que se muestra á los mortales!...

¡Qué espantoso trueno! Cómo retumba á lo lejos repetido por todos los ecos de los montes!...

De rodillas, hijas mías, de rodillas!... Ese Dios que cruza los espacios en alas de la tormenta, es el que mandó el diluvio á la rebelde tierra, es el que hizo descender volcanes de fuego sobre las ciudades malditas, el que abate los tronos y dispersa las naciones!

¡Es el Dios vengador, que escarnecido en su clemencia, se convierte en juez, en juez terrible, que anonada á los malvados, que pulveriza á los soberbios!...

De rodillas, hijas mías, de rodillas! Humillemos la frente en el polvo é imploremos su clemencia!

¡Los truenos parece que se alejan... parece que la tempestad se ahuyenta!...

¡Oh, cuánto sufrirá el buen pastor que va tan lejos para buscar una extraviada ovejuela, que sube montes, que atraviesa valles, desgarrada la planta, cubierta de sudor la frente, cuando despues de cogerla entre sus amorosos brazos, despues de estrecharla contra su seno, la oveja, convertida en fiera, desgarrá el pecho que la da abrigo y le obliga á arrojarla al precipicio!

¡Cuánto sufrirá el Redentor del mundo que perdonaba muriendo hasta á sus enemigos, hasta á sus verdugos, al tener que castigar á sus propios hijos!

Pero es Dios de eterna é inescrutable justicia: en su mano sostiene la balanza, que ningun peso hace ceder, y que sin embargo cede al peso de una lágrima! Sí: solo una lágrima penitente puede apagar los rayos de su diestra y disipar su cólera divina.

Humillemos, pues, nuestra frente en el polvo, y roguémosle con espíritu contrito que perdone nuestras culpas, que dé fuerza al corazon, para que nunca jamás vuelva á ofenderle!

¿Pero me engaña mi deseo? ¿puedo dar crédito á mis ojos? Oh, sí: es el arco de concordia el que aparece en aquel ángulo del cie-

lo... Dios perdona, la tempestad va á disiparse...

Sentémonos un poco en el tronco de esta encina.

Mas qué es eso? qué es lo que oscila suspendido de esa rama desgajada?... Un nido!.. mirad... es un frágil nido!.. Oh Providencia! cómo ha podido resistir al embate de los vientos!

Los pajarillos no han desamparado á sus hijuelos.... mirad á la madre cómo los protege de la lluvia con sus alas estendidas.... mirad al padre cómo le sostiene con el pico, procurando aligerar su peso para que la rama no ceda y le derrumbe....

Ni le asustan los truenos, ni le ciegan los relámpagos, ni el vendabal le amedrenta.

Son sus hijos! ¿qué le importa á un padre su vida, si peligra la de los pedazos de su alma?

Pero ¡ay! que llega una ráfaga de viento... ¡ay! que el nido se balancea...

Corramos... ha caído en el charco... salvemos á los náufragos...

Qué fortuna! el nido sobrenada.... la madre permanece en él... la cubren á veces las aguas, y sin embargo no se muere!

Cojámosle... calentémosle en nuestras manos... Pero ved al padre cómo se arroja sobre nosotras; ved con qué impotente furia pretende desgarrar nuestra mano á picotazos... Nada le arredra, nada!

Tengamos piedad de su dolor... pongamos el nido sobre el tronco de la encina... así....

Oh, feliz padre!... Oh madre afortunada!.. qué arrullos! qué alegría! cómo acarician á sus hijos sin cuidarse de sus alitas mojadas, sin acordarse del riesgo de sí mismos.

Oh! qué no deberán hacer mañana esos polluelos para pagar tanto amor, tantos afanes!

Y si esto hacen las avecillas, ¿qué no habrán hecho por vosotras vuestros padres, seres dotados de razon, que además de alimentaros con su sangre, de preferiros á su propia vida, os sacrifican todos sus placeres, todos sus deseos, todas sus esperanzas, con la abnegacion mas absoluta! Pensad en la inmensa

deuda que contraeis cada vez que vuestro corazón palpita, pues palpita merced á sus desvelos!

¡Malditos los hijos que olvidan en la juventud á los que han protegido su desvalida niñez; malditos los hijos que no inclinan la frente ante la blanca cabeza de sus padres, y no prestan el apoyo de su brazo á aquellos que han recogido sus primeros vagidos, que han enjugado sus primeras lágrimas, que han rodeado de santa adoracion su cuna!

La lluvia ha cesado.... volvamos á la ciudad; pero antes mirad estos pequeños insectos que forman un grupo negro, casi debajo de mis piés....

Son cuatro hormigas que trasportan á su agujero el cuerpo de otra hormiga, anciana ó moribunda....

Serán deudos? serán amigos? ó es tan solo el amor de su especie lo que las impulsa?

Este insecto, el mas pequeño de la creacion, tambien os enseña con su ejemplo.

Despues de Dios, despues de vuestros padres, amad á todos los hombres de la tierra. Todos son hijos de Jesucristo, todos son hermanos vuestros! Amad especialmente á los tristes, á los enfermos, á los mendigos.... No os contenteis con arrojarles un pedazo de negro pan, no os contenteis con tributarles algunas estériles lágrimas... Amadlos como á vosotras mismas, mas que á vosotras mismas si es posible.

Pero hé aquí que llegamos á la ciudad.

¡Qué sereno está ya el cielo!... Cuán hermosa brilla ya la luna!...

Esta es la vida: el bien y el mal son un punto.

Por esto es preciso tener siempre la conciencia pura, para que nos sirva de tabla salvadora si sobreviene el naufragio de improviso.

Adios, dormid en paz, y que vuestro ángel de la guarda os recuerde durante el sueño que el amor es la antorcha de la vida, que el amor es el bálsamo de las penas, y que Dios ha dicho: ¡Feliz el que ame mucho, porque de él será el reino de los cielos!

ANGELA GRASSI.

CENDRILLON.

CUENTO POPULAR INFANTIL.

[Continuacion.]

II.

Ocurrió una vez que el hijo del rey dió un magnífico baile en su palacio, al que fueron convidadas todas las personas de algun valer, y como era consiguiente las dos hermanas de *Cendrillon*, que por su rango y hermosura llamaban la atención en la ciudad.

Apenas tuvieron noticia de este suceso, comenzaron á pensar cómo se adornarían, y qué vestidos y peinados les estarían mejor, llamando á *Cendrillon* para que diera su parecer porque, aunque parezca extraño, aquella niña retirada de la sociedad tenía muy buen gusto. *Cendrillon*, buena como siempre, y olvidando con generosidad que ella era quien tenía que coser los trajes, rizar los encajes, y armar las flores, les aconsejó lo que juzgaba mas bello, ofreciéndose con encantador cariño á peinarlas y vestir las, lo que aceptaron con alegría sus hermanas conociendo su habilidad.

Llegó por fin el día del baile, y desde muy temprano las dos jóvenes se encerraron en su tocador, teniendo á *Cendrillon* por doncella.

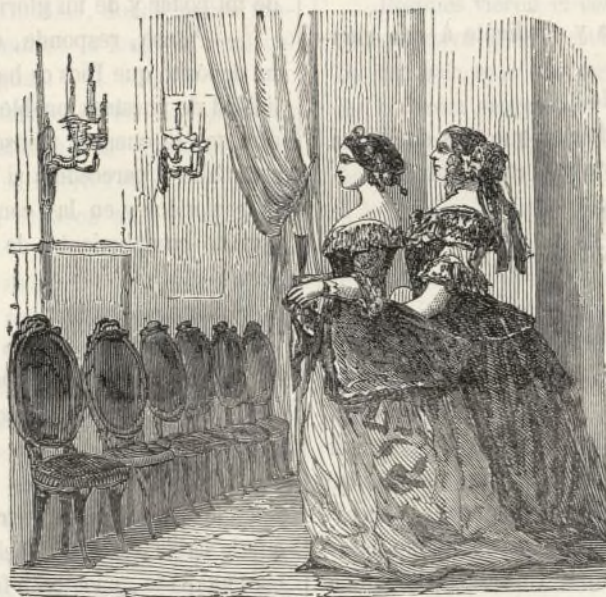
Mientras ésta las peinaba exclamó una de ellas :

—Te agradaría venir al baile ?

—Oh ! Dios mio ! murmuró *Cendrillon*: no es aquel mi lugar.

—Tienes razon , añadió la otra hermana soltando una ruidosa carcajada. ¿Quién no se habia de reir al ver á *Cendrillon* en el baile ?

Otra hubiera castigado esta insolente burla peinándola y vistiéndola tan mal que hubiera parecido ridícula , pero *Cendrillon* era demasiado buena para alimentar deseos de venganza , y las adornó con esquisito gusto, mejor que ellas podían apetecer.



El salon de baile.

Arregladas las cabezas, pasó á ceñirlas los corsés, operación para la cual serompieron varias trencillas, porque nunca les parecía su talle bastante delgado , y por fin se pasó á las últimas prendas de vestidos y joyas. Cuando después de contemplarse al espejo repetidas veces, se convencieron de que nada les faltaba ni cabía mayor realce á

su hermosura ; partieron para la fiesta , penetrando muy satisfechas en el magnífico salon del baile. *Cendrillon* las siguió tristemente con la vista , y cuando desaparecieron por completo sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos y corrían por sus mejillas.

Su madrina , que era una *hada* , y con su varita mágica realizaba todos sus deseos , corrió al instante á su lado al verla llorar, porque *Cendrillon* que tan bien habia aprovechado las lecciones que su madrina le dió en su infancia, siendo dulce y buena, era su ahijada mas querida.

Y esto prueba que todo sentimiento noble encuentra su recompensa en el mundo: *Cendrillon* á pesar de todas sus desgracias se veía consolada por su madrina, que le manifestaba de mil maneras su cariño, siempre fundado en la modestia y la dulzura de la niña.

—¿Qué tienes? exclamó su madrina al ver llorar á *Cendrillon*.

—Que yo... quisiera... quisiera...

Y los sollozos no la dejaron acabar.

—Querrias ir tambien al baile? No es cierto, hija mia?

—Ah! Sí, exclamó la jóven lanzando un suspiro.

—Y serás buena y obediente á mis mandatos?

—Podeis dudarlo?

—No, no lo dudo: sé que eres dócil y sumisa. Yo haré que vayas á esa fiesta.

(*Se continuará*)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

ADULACIÓN Y SINCERIDAD. (1)

Queriendo un soberano de Oriente escoger un confidente sincero á la vez que hábil, ideó la siguiente prueba: hizo ir una noche á su palacion los cinco sugetos de su capital que pasaban por de más ingenio. En los dedos de su mano izquierda brillaban cinco diamantes de un tamaño prodigioso.

Díjoles:

«Os he reunido aquí á todos cinco, con la esperanza de que me hagais oír la verdad. Ya veis estos cinco soberbios diamantes: serán la recompensa de vuestra sinceridad. Decid: ¿qué pensais de mi poder y de mi gloria?»

Cuatro se apresuraron sucesivamente á responder. Deslumbrados por el tamaño y belleza

de los diamantes, se lisonjeaban de obtener alguno. Ensalzaron, pues, á cual más la grandeza del soberano; le exaltaron sobre todos los héroes de la historia; hablaron con entusiasmo de sus talentos y virtudes, y concluyeron por levantarle tan alto, tan alto, que no hubieran empleado otras espresiones para hablar de la grandeza y del poder de Dios.

El rey quita cuatro diamantes de sus dedos y se los distribuye. Despues, dirigiéndose al quinto:

«Y tú, le dice, ¿por qué guardas silencio? Dime tambien, pues lo quiero, lo que piensas de mi poder y de mi gloria.»

—Pienso, responde, que vuestro poder es un depósito que Dios os ha confiado para la felicidad de vuestros pueblos, y del cual os pedirá severa cuenta; pienso que vuestra gloria será falsa y perecedera si la haceis consistir en el esplendor y en las conquistas, y no en el estricto cumplimiento de todos vuestros deberes.»

El rey respondió:

«No te doy el quinto diamante, sino mi confianza y mi amistad. Quédate siempre á mi lado: ya encontré el amigo que buscaba mi corazon.»

Al dia siguiente, los otros cuatro vienen azorados á palacio, á decir al rey que el joyero que le habia vendido aquellos diamantes le habia engañado, pues eran falsos.

«Y qué! respondió riéndose el rey ¿creeis que yo no lo sabia? Vosotros me habeis tributado falsas alabanzas; yo os doy diamantes falsos. Os he pagado en la misma moneda; ¿de qué os quejais?»

X.



[1] Véase el artículo en francés del número anterior. Con objeto de que esta traduccion tenga un carácter didáctico, se ha hecho todo lo literalmente que permite la índole de nuestra lengua. Igual sistema emplearemos en la version de otros pasajes que con el mismo fin insertaremos de vez en cuando.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

BADAJOZ.—MÉRIDA.

Después de hacer las expediciones que había indicado D. Manuel, regresaron á Sevilla, y á los dos días volvieron á ponerse en camino para Badajoz.

La carretera de Sevilla á Badajoz pasa por los pueblos de Camas, Santiponce, El Ronquillo, Santa Olalla, Monasterio, Fuentecantos, Santos, Santa Marta y la Albuera, sin contar algunas ventas intermedias, donde suelen mudarse los tiros de mulas: la longitud total del camino es de 38 leguas.

Al pasar por Santiponce les hizo observar D. Manuel que se hallan allí las ruinas de la antigua Itálica, y sin sucederles en su viaje nada que de contar sea, llegaron á la vista de Badajoz.

—¿Qué castillo es aquel? preguntó Carlota, señalando uno que se veía á la derecha.

—Es el fuerte de Picureñas, dijo D. Claudio, que ya había estado en Badajoz.

—En efecto, añadió D. Manuel, y es uno de los seis exteriores que tiene la plaza, pues Badajoz, que se halla muy cerca de la frontera de Portugal, es plaza fuerte, perfectamente amurallada. Su situación es excelente sobre la falda de un cerro, en la confluencia del riachuelo Rivillas con el caudaloso Guadiana.

Fueron á alojarse en casa de un pariente de D. Claudio, que vivía en la plaza de la Constitución, mas conocida por el nombre de *Campo de San Juan*, donde está el teatro, varios cafés, las principales tiendas de comercio, las *casas consistoriales*, cuya fachada es mas grande que agradable á la vista, y la *catedral*.

Al día siguiente era domingo, y al ir á misa vieron este templo, que está dedicado á San Juan, y cuyas paredes, torres y bóvedas, están hechas á prueba de bomba. La portada de piedra de la fachada principal es de buen gusto y el interior es de tres naves. Las capillas son doce, de las cuales las mejores son la del Sagrario, la del baptisterio y la de la Magdalena,

donde se ve el sepulcro de mármol del obispo D. Juan Marín. El altar mayor es de un gusto bastante recargado, y los demás ofrecen poco de notable, excepto dos imágenes, una de Nuestra Señora de la Concepción, y otra de San Juan, que son de bastante mérito. El claustro es suntuoso y el coro de muy buena escultura.

Después de haberla visto desearon los niños saber si era muy antigua aquella catedral.

—Empezó su fábrica, les dijo D. Manuel, en el reinado de D. Alonso el Sábio, y se concluyó en 1284; el claustro data solamente del año de 1509.

Después vieron el *convento de Santo Domingo*, cuya iglesia está abierta al culto y es de una sola nave con seis capillas, agradándoles la forma magestuosa de todo el edificio.

—Os he traído á que veais este convento, fundado en 1556, dijo D. Manuel á su amigo y á los niños, porque su primer prelado fué el venerable fray Luis de Granada, que escribió en él su célebre «Guía de pecadores.»

Al ir así recorriendo la ciudad, observaron que las calles son bastante anchas y llanas, y las casas en general de buena construcción, con balcones y rejas bajas.

Carlota se quejó del calor, que, en efecto, se siente bastante en Badajoz, que por lo demás goza de un cielo apacible y despejado. Habiendo deseado la niña beber un vaso de agua se la dieron muy fresca de uno de los aljibes, que con los pozos y cisternas proveen de agua la ciudad, pues no hay fuentes.

Otro día salieron por la puerta de Palmas, que tiene dos torreones, y da al gran puente del mismo nombre, sobre el río Guadiana, con veinte y ocho arcos y una extensión de 624 varas de largo por 25 de ancho. Fué construido en 1460, y se ha reedificado en distintas ocasiones, porque han solido llevarse algunos arcos las avenidas del río.

Visitaron una hermosa dehesa que poseía en las inmediaciones D. Claudio, donde había mucho ganado cuyos pastores se esmeraron en obsequiar á los niños con nutritiva leche, esquisita cuajada y queso fresco, divirtiéndolos con sus rústicos bailes.

Después continuaron su viaje á Mérida, que dista nueve leguas por Talavera la Real y Lobos.

—Esta ciudad, dijo D. Manuel á sus compañeros de viaje cuando se apearon de la diligencia, es la antigua *Emerita Augusta* fundada por Octaviano Augusto, y se encuentran en ella por todas partes recuerdos de las magníficas obras de los romanos. Está colocada en un pequeño cerro á la orilla del Guadiana, sobre el cual tiene un puente de mil varas de largo con 81 arcos, que se rompió en una fuerte avenida en el último invierno de 1860 á 1861.

Las calles y las casas en general les parecieron poco notables, yendo á parar á la plaza Mayor, que es cuadrada, con soportales en tres lados, una alameda y una fuente.

En punto á edificios religiosos, que son los que en España suelen encerrar mas preciosidades artísticas, solo encontraron la *parroquia de Santa Maria*, en cuya construccion se emplearon grandes trozos de columnas de las ruinas que tanto abundan en aquella ciudad.

Pero hallaron por todas partes, segun don Manuel les habia indicado, monumentos romanos, magníficos testimonios de la antigua grandeza de Mérida.

En la casa del conde de los Cobos, que fué un templo de Diana, vieron diez y nueve columnas de cuarenta piés de altura cada una; admiraron el *arco de Trajano*, que hoy se llama de Santiago, construido con grandes sillares; la fortaleza llamada *el conventual*, cuyas murallas dan al Guadiana y se llaman *el mirador*, por la hermosa vista que desde ellas se disfruta; el famoso *anfiteatro*, cuyos restos se ven al Este de la poblacion, y entre esta y la ermita de San Lázaro las ruinas del Circo, ya muy escasas; las de la Naumaquia; y los restos del antiguo acueducto, del que solo quedan unos treinta pilares, algunos con tres órdenes de arcos unos sobre otros.

Tambien vieron con gusto en el arrabal la estatua de Santa Olalla, sobre una escelente columna redonda de treinta piés de altura, con pedestal que forma una graderia cuadrada, todo de hermoso mármol blanco.

Don Manuel era siempre el que daba curiosas noticias sobre estas preciosas antigüedades, y los niños le escuchaban con el mayor recogimiento, remontando sus infantiles imaginaciones hasta aquellos lejanos tiempos.

JOSÉ M. DE LARREA.

LA NIÑA Y LA ESPIGA.

A la luz de la tarde se veía
Sobre la suelta caña cimbradora
Una espiga lozana;
Esbelta cual ninguna parecia
Que á los besos del aura bullidora
De orgullo y de placer se estremecía.

Bella como la aurora,
Pura como el albor de la mañana,
Una niña feliz y encantadora
Cortó la espiga que creciera ufana.

—¿Por qué me arrancas de mi tallo erguido,
Si soy del labrador dulce contento?
Por tí todo su afán verá perdido.—
Clamó la espiga con doliente acento.

—De esmeralda y de oro
Sobre las otras te elevabas bella,
De beldad te juzgué rico tesoro,
Mi frente, dije, adornaré con ella;
Pero tosca te hallé, y en mi camino
Esparciándote iré grano por grano.—
La niña respondió, mientras rompía
La espiga frágil con airada mano.

—Plegue á Dios tu destino
No igualar con mi suerte triste y dura,
Ni como el labrador tu madre un día
Llore de su esperanza la ventura.—

—¡Oh, dulce madre mía! —
Gimió la niña de zozobra llena,
Y temblando de miedo y de ternura
Los granos quiso hallar sobre la arena;
Mas entre el polvo leve confundidos
Ni uno siquiera apareció en el suelo,
Y ahogando el corazón tardos gemidos
Llorólos ¡ay! con infantil anhelo.

Así es la juventud; ávida, ardiente,
Tras la ilusion que anhela se fatiga,
La ve hermosa en su mente,
Mas al tocarla cual la ruda espiga;
Entonces despechada la desdora
De orgullo y de poder haciendo alarde,
Pero perdida, con afán la llora.
¡Qué vales experiencia previsor
Si por desgracia nuestra, llegas tarde!

MARIA MENDOZA DE VIVES.

LABORES.

Si las labores forman parte de la educación de la mujer, no podían faltar modelos de ellas en la *Aurora de la vida*, periódico creado para cultivar en el alma del niño y de la niña las virtudes y ocupaciones que les sean propias.

En sus páginas halla el niño *desde historia natural* hasta el *juego del peon*: justo es que la niña encuentre desde el modo de agradar á Dios y servirle hasta el modo de practicar las labores de su sexo, ocupación sencilla de la mujer, que si no se cuenta en el número de sus virtudes, se reconoce como un medio de grabarlas en el alma.

Comenzamos nuestra colección de modelos por uno de *crochet*, punto muy generalizado hoy. La estrella que muestra el grabado sirve para un *acerico*, que se ejecutará del modo siguiente:

Se necesita torzal azul, raso amarillo y cartulina blanca.

(Téngase entendido que los puntos que van entre las estrellas deben repetirse hasta terminar la vuelta.)

1.^a *Vuelta*.—Diez puntos sencillos ó de cadeneta, que se enlaza el último al primero para cerrar la vuelta y trabajar en círculo.

2.^a—4 ps. s. que formarán la primera bar., 1 bar. en el punto de al lado de la vuelta anterior, *2 ps. s., 1 bar. en el punto que sigue.*

3.^a—4 ps. s., 2 bar., *3 ps. s., 3 bar.*

4.^a—4 ps. s., 3 bar. sobre los dos primeros puntos, *3 ps. s., 3 bar.*

5.^a—4 ps. s., 1 bar., *3 ps. s., 2 bar.*

6.^a—4 ps. s., 6 bar., *7 ps. s., 5 bar.*

7.^a—4 ps. s., 2 bar., *5 ps. s., 1 bar. sobre el de en medio de los siete de la vuelta anterior, 5 ps. s., 3 bar. sobre las de en medio de las 5 anteriores.*

8.^a.—Toda de puntos dobles.

Terminada esta vuelta se corta el torzal.

Para armar el *acerico*, se necesita otro círculo igual de torzal azul, y concluidos se pasa á cortar dos círculos de cartulina del mismo tamaño, que se for-

rarán de raso color de oro, uniendo ambos por los bordes con un *punto por encima*: después se colocan sobre ellos ambos redondos de *crochet*, que á su vez se unen con otro punto, cubriendo esta costura un cordoncillo de oro que se coserá encima, y del cual se dejará una presillita para colgarle, bien del costurero, bien del tapete de un tocador, y en él se prenderán sesgados los alfileres.

Este juguete, de reconocida utilidad, es de mucho gusto, destacando el punto de *crochet* azul sobre el viso color de oro que hace resaltar el calado.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



MEMORIAS DE UNA NIÑA.

Escritas en francés por Mlle. JULIA GOURAUD.

INTRODUCCION.

Rosalía, niña de seis á siete años, entró un día en la biblioteca de su padre con su mamá, que le habia concedido el gusto de ayudarle á arreglar los libros.

Era Rosalía una niña muy curiosa y un tanto aficionada á la lectura, de manera que no pasaba un libro por su mano que no se entretuviese en leer su título. Gran número de ellos tenían el de *Memorias*, epigrafe que llamó la atención de Rosalía, incitándola á pedir á su mamá le esplicase lo que significaba.

—*Memorias*, repuso su mamá, son los diferentes sucesos de la vida de una persona escritos por ella misma, y á los que siempre añado reflexiones provechosas, enlazando con ellos los usos y costumbres de la época en que vivió. Hay memorias de filósofos, de guerreros, de artistas, y hasta de una muñeca, que recordarás haberlas leído en la EDUCACION PINTORESCA, lindo periódico de niños.

—Sí, ya recuerdo. Y dime, ¿una niña podría también escribir sus memorias?

—¿Por qué no?

Esta idea persiguió á Rosalía toda la tarde, y al día siguiente comunicó su proyecto de escribir sus memorias á su hermana mayor, llamada María.

—Si eres sincera y dices siempre la verdad, dijo ésta, no será muy satisfactoria la idea que des de tus cualidades.

Rosalía bajó la cabeza con pesar, y María, conociendo que habia dado una amarga lección á la niña, prosiguió con acento cariñoso:

—El pensamiento no es malo: escribe tus memorias, que no carecerán de interés para los que te amamos.

—¿Me guardarás el secreto?

—Y aun haré mas: te daré papel y plumas.

—Y un poco de ortografía cuando me falte, ¿no es verdad?

—Convenido.

El trato quedó cerrado, y aquel mismo día Rosalía comenzó sus memorias, que son las que ponemos á continuacion:

I.

EN QUE LA AUTORA SABE LO QUE DICE.

Mi madrina me ha referido tantas veces lo que ocurrió el día de mi nacimiento, que puedo hablar de él como del de otro niño cualquiera.

Nací el 12 de Marzo del año 1854, causando gran placer á mis padres y á mis hermanos María y Alfonso, que estaban destinados á ser mis padrinos. Mi nacimiento se solemnizó con numerosas limosnas que dieron mis padres á los pobres, y se encargó de repartir María, que desde niña ha tenido buen corazón. Hoy que María es una señorita de juicio y tiene sus ahorros de lo que le dan papá y mamá para sus diversiones, emplea la mayor parte en obras de caridad, y hasta cuando vé en mi mano alguna moneda, me lleva á ver niños tan desgraciados que me hacen llorar, y á los que se la doy al fin, con la cual se enjugan mis lágrimas.

Volvamos á la ceremonia de mi bautismo: mis hermanos estrenaron galas en aquel día en que me iban á hacer cristiana, y papá les hizo comprender la distincion que se les otorgaba, y la obligacion que contraian, debiendo darme siempre ejemplos de virtud (lo que cumplen fielmente) y ser para mí, si por desgracia mis padres llegaban á faltar, unos segundos padres.

A estas palabras, mis padrinos en miniatura se echaron á llorar, tratando papá de consolarlos, y saliendo todos con direccion á la iglesia, donde se verificó el bautizo sin que los padrinos cometiesen ninguna torpeza, segun dicen todos.

A la vuelta de la iglesia se distribuyeron dulces y bombones entre las criadas y gran número de niños, cuyo recuerdo me hace sentir no haber sido yo mayor aquel día para comerlos también. Esto no lo diría... pero cuando uno escribe sus memorias no debe callar nada.

Principiaré á contar mi vida desde los cin-

co años en adelante, porque hasta entonces estuve reducida á ir de brazo en brazo y á estar sobre las rodillas de papá ó mamá, que me colmaban de caricias, y me enseñaban á rezar, sobre todo al acostarme y al vestirme, piadosa costumbre que hoy conservo, así como la de no irme á la cama sin recibir la bendición de mamá. No puedo dormir sino despues de sentir sobre mi frente la mano de mamá haciendo la señal de la cruz.

Todo el mundo me amaba, y yo amaba á todos, aunque consagrando á mi abuelita un afecto mayor, nacido de sus muchas bondades para conmigo.

En casa, mamá, María y aun mi aya, me obligaban ya á tener en orden mis efectos, á deletrear, y por último á estar callada.... pero en casa de mi abuelita mi capricho era ley, pudiendo libremente saltar sobre las sillas y las mesas, adornarme con sus gorras, que ajaba á mi gusto, hablar mas que una cotorra, y hasta romper de vez en cuando algun objeto de valor, por lo que apenas recibia una leve reprension.

Ya se comprende que cuando preveia en casa algun regaño, corria á la de mi abuelita, que era mi defensora.

No por esto se crea que yo no amaba á mis padres y hermanos, á los que consagraba verdadero amor, y en particular á María, que á pesar de la diferencia de edad no rehusaba jugar conmigo: al verla tomar parte en mis juegos, encontraba á mi madrina excelente, porque entonces yo juzgaba mis deberes reducidos á jugar, correr y saltar.

(Se continuará.)

J. G.



MODAS DE NIÑAS.

Vestido de glase verde adornada la falda con tres órdenes de entredoses de pasamanería de seda negra y con su fleco. *Cuerpo* liso de escote cuadrado y talle redondo, con berta de pasamanería y fleco, que se cruza en el pecho y se sujetan las puntas al costado. *Manga* corta de bullon con puño cubierto de pasamanería.

Camiseta alta plegada; *pantalon* corto con jaretitas, y *botas* grises con puntas de charol.

Sombrero de paja de Italia adornado de cinta escocesa verde, que termina en un gran lazo al lado izquierdo, con un grupo de flores por delante.

LOS HOTENTOTES.

Los hotentotes, que forman una especie de transicion entre los negros y los blancos, son de color aceitunado, bien formados y de seis piés de altura por lo general: las mujeres son mas pequeñas. Tienen la cabeza gruesa, los ojos grandes, las narices aplastadas, para lo que las someten á una fuerte presion desde su nacimiento; lábios ordinarios, salientes los huesos de las mejillas, los dientes blancos, el

cabello negro y rizado, y las manos y los pies desproporcionadamente pequeños.

Desde la juventud se untan el cuerpo con manteca ó grasa de oveja, lo que ciertamente da á sus miembros agilidad y fuerza, pero tambien ocasiona un olor nauseabundo, que en un pais arenoso, como es el suyo, produce grande suciedad. Todo su traje consiste en una piel de oveja colgada de los hombros, cuya parte interior, sin curtir, está vuelta hácia dentro. No usan medias, camisas, sombreros ni ninguna otra prenda de esta clase, y sus zapatos están realzados por suelas de cuero y atados con correas, usándolos principalmente las mujeres para libertarse de las espinas de las plantas.

Sus habitaciones son cabañas, formadas por hileras de estacas y cubiertas con juncos, pero tan bajas que apenas se puede estar de pié dentro de ellas. Las puertas tienen tres piés escasos de altura y están cerradas con una piel de oveja. En su centro se halla el hogar, y la puerta sirve de salida al humo. Estas cabañas son redondas, semejantes á colmenas, y una veintena de ellas forman un círculo ó una aldea, la que siempre está construida en redondo alrededor de otras mas altas que se hallan en su centro. En un espacio libre que dejan en el interior hacen la comida por la noche.

Su alimento consiste por lo comun en yerbas, raices y carne asada y cocida. Los sesos de vaca y carnero son su manjar favorito: todo lo comen sin sal ni ningun otro condimento. Mientras les duran las provisiones no se ocupan mas que en comerlas, pues los hombres son perezosos naturalmente, y solo se dedican á la caza, que ejercen reunidos, cazando con mucho valor leones, tigres y lobos.

Las mujeres son las que mas trabajan; cuidan la comida, buscan leña, raices y yerbas. Cuando no tienen qué comer se echan á dormir. No conocen la agricultura: la ganaderia es su única ocupacion: constituyen toda su riqueza numerosos ganados de cabras, bueyes y ovejas.

Ellos mismos se hacen sus armas, que son flechas, lanzas y aragayas con puntas de hierro, las que envenenan con veneno de serpiente.

te. Cada círculo tiene su jefe propio, y forma una pequeña república. Su lengua es muy dura. Carecen de principios de religion, pero creen en los hechizos. Abandonan á los viejos y enfermos, y matan al nacer á los niños contrahechos.

JOSÉ S. BIEDMA.

EL LINCE Y EL TOPO.

En una ocasion un lince, compadeciéndose de un topo, le decia así:—Apenas puedo comprender cómo puedes sufrir una vida tan miserable. La muerte me pareceria preferible á vivir sin ver.—Te agradezco tu compasion—le contestó el topo—pero quizá no la necesite, pues lo que la naturaleza me ha negado por una parte, me ha concedido por otra. Mi oido es tan agudo, que me advierte aun de los peligros mas lejanos. Ahora mismo, si no me engaño, me parece oir acercarse el paso de un hombre. Escucha tú tambien, querido lince.—Ya iba á burlarse el lince del topo, cuando silbó la flecha de un cazador, y cayó muerto este animal tan orgulloso de su fina vista, porque habia despreciado el buen consejo del ciego topo.

La mano de la Providencia reparte sus dones con equidad, y con frecuencia es el mas dichoso al que se cree mas digno de compasion.

EL CIERVO Y EL TORO.

Un pesado toro y un ligero ciervo pacian juntos en una pradera.—Ciervo, dijo el toro, si el leon nos ataca pelearemos juntos, y la victoria es segura.—No esperes eso de mí, contestó el ciervo, pues porqué me he de aventurar á una lucha desigual con el leon, si me es mas fácil y seguro huir de él.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.